

1. Las bienaventuranzas de Jesucristo

El sermón de la montaña
(Mateo 5:1-12. ESV)

Algunos han elogiado el discurso conocido como El sermón de la montaña como el mejor sermón jamás pronunciado por el mejor maestro que jamás haya existido, el Señor Jesucristo. Fue San Agustín (354-430) quien primero llamó a este sermón «El Sermón del Monte». Muchos se imaginan a Jesús hablando a una multitud desde la ladera de una montaña, pero es probable que Jesús pronunciara este mensaje desde una colina al norte del mar de Galilea, un lugar que he visitado muchas veces en Israel. Jesús podía proyectar su voz a muchos que se encontraban debajo de él en la colina.

En el estudio de hoy, examinaremos la primera parte del sermón, conocida como las Bienaventuranzas. Los comentaristas de las Escrituras se refieren a esta sección inicial de su sermón como las «actitudes hermosas», porque revela el carácter del verdadero creyente en Cristo. Este sermón abarca tres capítulos del Evangelio de Mateo, pero lo que leemos es probablemente una versión abreviada del discurso original que pronunció Jesús. Recordemos que sus discípulos y seguidores viajaron muchos kilómetros para escucharlo, por lo que probablemente se quedaron allí durante gran parte del día.

Una cosa que me encanta del Sermón de la Montaña es cómo se dirige a todo el mundo. Todos anhelamos ser bendecidos y felices; cuando tenemos hambre, queremos saciarnos. Todos necesitamos perdón, y cuando somos perseguidos o nos sentimos quebrantados, queremos saber que podemos encontrar sanación y bendición en medio de nuestro quebrantamiento. Jesús se dirigía a personas que veían la hipocresía de los líderes religiosos de la época y la injusticia del sistema político. Se sentían oprimidos y, sin duda, muchos se sentían indignos. Jesús compartió este maravilloso mensaje que igualaba a todos. Todos estaban al mismo nivel, con las mismas necesidades. Jesús dijo que este es el camino del Reino, y que todos los que se humillan para aceptar estas palabras pueden experimentarlo. El Señor tomó la forma de pensar del mundo y la puso patas arriba. Los débiles, los pobres de espíritu, los que lloran... ¡Estos, dijo Jesús, tenían motivos para regocijarse! Sus palabras llegaron directamente al corazón de las personas. Le preocupaba lo que sucedía dentro de cada persona. Jesús hizo que los principios espirituales del reino fueran accesibles para todos. Las bienaventuranzas son como llaves que desbloquean los principios del Reino y revelan los caminos de Dios. Cuando leas y comprendas estos principios, experimentarás la bendición y la esperanza que estas palabras traen a esta vida y a la eternidad.

Al igual que muchos predicadores modernos que comienzan con un pasaje de las Escrituras, Jesús comienza con una declaración de visión o manifiesto que describe sus intenciones o acciones en la Tierra. El resto del sermón amplía esta introducción, dirigiendo nuestra atención a las diversas «actitudes hermosas» que nos guían sobre cómo vivir. Las primeras cuatro bienaventuranzas enfatizan nuestra relación con Dios, mientras que las últimas cuatro enfatizan nuestra conexión con los demás. Cada actitud se basa en la anterior, y la primera y la última describen la recompensa: «el reino de los cielos» (versículos 3 y 10).

Las ocho bienaventuranzas comienzan con la palabra «bienaventurado», que es el término griego *Makarios*. A menudo se traduce al inglés como «feliz», pero el griego original significa ser

aprobado espiritualmente por Dios. ¡El que Dios bendice ha recibido su favor! Sí, eso le hace feliz, pero su felicidad proviene de la aprobación de Dios. Bienaventurado también se puede traducir como felicitación, pero ¿por qué se nos felicita? Si estás en Cristo Jesús, has sido elegido y llamado por Dios, porque nadie entra en el Reino de Dios sin una invitación del Rey de Reyes (Mateo 11:27). Nadie entra en el reino de Dios por su intelecto o sus méritos; en cambio, como creyentes en Cristo, somos llamados e invitados soberanamente por el amor y la gracia de Dios (Romanos 8:29-30).

Algunos creen que solo los doce discípulos se reunieron para escuchar sus enseñanzas, pero la palabra «discípulos» (v. 1) significa «los que siguen». Además, al final del sermón se menciona que «**las multitudes se asombraron de su enseñanza**» (Mateo 7:28). El pasaje anterior al discurso también nos dice: «**Grandes multitudes le seguían de Galilea y de la Decápolis, de Jerusalén y de Judea, y de más allá del Jordán**» (Mateo 4:25).

Siguiendo la costumbre rabínica, Jesús se sentó, tal vez en una roca en la ladera, y comenzó a enseñar:

¹Al ver a la multitud, subió a la montaña y, cuando se sentó, sus discípulos se le acercaron.

²Entonces abrió la boca y les enseñó, diciendo: ³«**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.** ⁴«**Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.** ⁵«**Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.**

⁶«**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.** ⁷«**Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.** ⁸«**Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios.** ⁹«**Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.** ¹⁰«**Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.**

¹¹«**Bienaventurados seréis cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa.** ¹²Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mateo 5:1-12).

¿Cuál de estas cualidades parece más difícil de alcanzar y por qué?

Bienaventurados los pobres de espíritu (v. 3)

Jesús comienza este mensaje desde lo más bajo de la escalera: ser pobres de espíritu. El camino hacia la grandeza requiere humildad. Las personas son bendecidas espiritualmente por Dios cuando son humildes de espíritu. Algunos podrían interpretar esto como la necesidad de renunciar a todas las posesiones y retirarse a un monasterio de por vida, renunciando a todo lo mundano. Si bien ese puede ser el plan de Dios para unos pocos, según Él los guía, el enfoque aquí está en la pobreza espiritual, no en la carencia económica. En todo el mundo, algunos se sienten indignos y agotados por el sistema de este mundo. ¡Ellos pueden encontrar esperanza! A ellos se les da el reino de los cielos. Aquellos que ven su propia necesidad se ponen en posición de recibir lo que Dios ha preparado para ellos en Su reino.

Cuando las personas llegan a un punto en la vida en el que se sienten completamente abrumadas, comienzan a mirar hacia arriba y a clamar a Dios. Este quebrantamiento es como el peldaño más

bajo de una escalera espiritual. El quebrantamiento representa un estado de pobreza de espíritu. En el griego original, la palabra *ptochus* significa «encogerse y humillarse como un mendigo». El comentarista R. Kent Hughes ofrece una perspectiva sobre por qué Jesús eligió esta palabra en lugar de otro término griego comúnmente utilizado para describir a alguien como pobre.

El Nuevo Testamento refleja esta idea al describir una pobreza tan extrema que una persona tiene que mendigar para ganarse la vida. Dependen totalmente de la generosidad de los demás y no pueden sobrevivir sin ella. Por lo tanto, una excelente traducción es «mendigo pobre». ¹

¿Por qué Jesús elegiría específicamente esta palabra, que describe el ser «miserable»?

Estamos diciendo que cuando las personas vuelven en sí y se dan cuenta de que no tienen nada que ofrecer ante un Dios santo, es decir, ninguna justicia propia, y son mendigos en cuanto a su posición espiritual y están en bancarrota en cuanto a recursos espirituales, es entonces cuando encuentran el favor de Dios. «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes» (1 Pedro 5:5-6). En otro pasaje de las Escrituras, el Señor Jesús compartió una parábola para explicar la primera bienaventuranza, que es el peldaño más bajo de la escalera espiritual.

⁹También contó esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por ser justos y trataban a los demás con desprecio: ¹⁰«Dos hombres subieron al templo a orar, uno era fariseo y el otro recaudador de impuestos. ¹¹El fariseo, de pie, oraba así: “Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son extorsionadores, injustos, adúlteros, ni siquiera como este recaudador de impuestos. ¹²Ayuno dos veces por semana; doy el diezmo de todo lo que gano”. ¹³Pero el recaudador de impuestos, de pie a lo lejos, ni siquiera alzaba los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «Dios, ten piedad de mí, que soy pecador». ¹⁴Os digo que este hombre bajó a su casa justificado, más que el otro. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lucas 18:9-14).

La verdad es que las personas no se acercan a Dios Padre a menos que lo hagan con humildad y un sentido de pobreza espiritual, suplicando su perdón y reconociendo abiertamente su quebrantamiento y ruina espiritual ante un Dios santo. El texto griego hace hincapié en la declaración final de la frase: «**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos**, porque *solo* de ellos es el reino de los cielos». Este llamado a la humildad debe llevarnos a todos a la cruz y asegurarnos de que nos hemos arrepentido genuinamente, reconociendo nuestra pobreza espiritual (Mateo 18:25). De esta manera, logramos una posición correcta ante Dios. Cuando reconocemos nuestra necesidad de perdón, el Padre responde y nos viste con su justicia a través del poder redentor de la cruz. Esto no es una mejora; es un intercambio completo de nuestra justicia por su justicia perfecta.

Bienaventurados los que lloran (v. 4).

Esta pobreza de espíritu debe llevarnos a llorar por cada actitud dentro de nosotros que no sea de Jesucristo, tal como la mujer pecadora lloró sobre los pies de Jesús en la mesa de Simón el fariseo (Lucas 7:36-49). Si realmente hemos llegado al punto de declarar nuestra bancarrota espiritual, el

¹ R. Kent Hughes. *El sermón de la montaña*. Publicado por Crossway Books, Wheaton, Illinois, 2001. Página 17.

siguiente paso es la respuesta emocional que nos llevará a llorar por todo lo que hay dentro de nosotros que ha desagradado a Dios. Déjalo todo ir. Libérate de todo lo que te pesa: «**Echa tu carga sobre el Señor, y él te sostendrá; nunca permitirá que el justo sea movido**» (Salmo 55:22). No debemos justificar por qué hicimos ciertas cosas, sino que debemos despreciar cualquier cosa que sabemos que fue egoísta y desagradable a Dios. Sé abierto y vulnerable ante el Señor; después de todo, Él conoce todo lo que hemos hecho y nuestros motivos. Nada se le oculta (Hebreos 4:13).

La palabra griega traducida como «llorar» es *pentheo*; significa afligirse y experimentar dolor en el corazón, lo que a menudo conduce a las lágrimas. Dios llama bendición al llanto cuando nos lleva a cambiar nuestro corazón, a menudo después de sentir dolor por lo que el pecado nos ha hecho a nosotros o a otros. El Señor comprende nuestro sufrimiento y ve nuestras lágrimas. Cuando los hijos de Israel clamaron a Dios durante su esclavitud en un Egipto e , Dios intervino para ayudarlos enviando a Moisés, el libertador, para liberarlos (Éxodo 2:23-24).

Cuando nos sentimos abrumados por el dolor y nos echamos a llorar, Dios interviene para consolarnos a través de la presencia del Consolador. La palabra consuelo en el versículo 4 es la forma verbal de *parakletos*, el nombre que Jesús le dio al Espíritu Santo (Juan 14:16-17). Las diferentes traducciones al inglés de la palabra griega original incluyen Consolador (KJV), Consejero (NIV), Abogado (NEB) y Ayudador (ESV).

Paracletos es una palabra difícil de traducir porque significa alguien llamado a nuestro lado. El Señor se pone a nuestro lado cuando lloramos. Él siente lo que nosotros sentimos, simpatiza con nuestras debilidades y experimenta nuestro dolor (Hebreos 4:15). Cuando Jesús se enfrentó a Saulo, que se convirtió en el apóstol Pablo, en el camino a Damasco, el Señor le dijo: «**¿Por qué me persigues?**» (Hechos 9:4). Jesús mismo no estaba siendo perseguido, pero sentía el dolor de su pueblo perseguido por Saulo. El dolor que soportamos conmueve el corazón de nuestro Dios. Nuestras lágrimas son preciosas para Dios. Incluso cuando no hay lágrimas, es la actitud del corazón lo que Dios responde. La Escritura dice: «**Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu**» (Salmo 34:18).

¿Qué debemos lamentar, ya sea en nosotros mismos o en lo que observamos que sucede a nuestro alrededor?

Otra cosa por la que llorar es el estado del mundo en desobediencia a Dios y las cosas malas que nos rodean en esta vida. Basta con ver o escuchar las noticias de hoy para ver el gran sufrimiento que padecen la humanidad y la creación de Dios. Un verdadero creyente anhela la restauración de la creación de Dios. Cuando lamentamos el estado de este mundo, compartimos el corazón de Dios por la humanidad y esperamos con ansias el momento en que se revele el Reino de Dios. Para lamentarnos adecuadamente, necesitamos comprender lo que hace el pecado. Nos separa de Dios, pisotea Sus leyes y caminos, y nos roba el gozo de Su presencia.

Hoy en día, es común que los maestros y líderes de la iglesia se centren solo en lo positivo y minimicen la necesidad de llorar o de sentir un dolor genuino. Sin embargo, si estás conectado con el corazón de Dios, deseas que se revelen Sus caminos y que otros sean restaurados a una relación con Él. Si este no es el caso, pídele a Dios que ablande tu corazón. Si el pecado en tu vida no te tristece, ora para que Dios ablande tu corazón y te muestre Su corazón de nuevo. En este lado

del cielo, nunca llegaremos a un punto en el que no nos entristezcamos por el pecado. Incluso el apóstol Pablo se lamentó por sus pecados cuando escribió a los creyentes de Roma: «Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido al pecado. Porque no entiendo mis propias acciones. Porque no hago lo que quiero, sino lo que aborrezo» (Romanos 7:14-15). En el versículo 24, se refirió a sí mismo de esta manera: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (Romanos 7:24-25). Esa es una forma de llorar.

En resumen, podemos decir que el duelo es sentir tristeza por una pérdida y anhelar lo que sabemos que aún no se ha cumplido.

Bienaventurados los mansos (v. 5)

¿Qué quiso decir el Señor cuando dijo que Dios aprueba espiritualmente a los mansos? La palabra manso describe a un semental cuya fuerza ha sido controlada después de que el animal haya sido domado. El animal no pierde nada de su fuerza al ser domesticado; al contrario, se convierte en un o adecuado para fines útiles. La mansedumbre refleja que la voluntad está alineada con la voluntad de Dios e indica autocontrol ante las dificultades y las pruebas. Nuestro ejemplo es el Señor Jesús, quien «cuando le maldecían, no respondía con maldiciones; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia» (1 Pedro 2:23). Los bueyes eran entrenados yugándolos a otro animal más maduro. Creo que Jesús aludió a esto cuando dijo: ²⁸ Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. ²⁹ Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. ³⁰ Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera» (Mateo 11:28-30, énfasis mío). Cuando venimos a Cristo y su Espíritu entra en nuestras vidas, somos «unidos» o «unidos» al Señor: «Pero el que se une al Señor es un espíritu con él» (1 Corintios 6:17). Cuando entramos en una relación de pacto con Cristo, el Espíritu de Dios nos concede la humildad y la mansedumbre de Cristo, lo que significa fuerza bajo control.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed (v. 6)

La cuarta bienaventuranza vuelve a enfatizar nuestra actitud hacia Dios. Los creyentes verdaderamente renacidos, con el Espíritu de Dios viviendo en ellos, siempre están ansiosos y hambrientos de estar bien con Dios. Dentro de los hijos de Dios, crece el deseo y el anhelo de Su justicia. Antes de conocer al Señor Jesús, escuchar Su nombre o aprender acerca de Dios no significaba nada para mí. Sin embargo, después de encontrarme con Cristo, busqué y absorbí todo lo relacionado con la verdad de Dios y el Señor Jesús. El solo hecho de escuchar el nombre de Jesús en una conversación cercana me hacía escuchar con atención. Dios despierta en nosotros un deseo que motiva a Sus hijos hacia Sus cosas. Cuanto más meditas en Su Palabra, lo reconoces y experimentas Su presencia, más sentirás tristeza por las cosas que se oponen a Su carácter. ¿No es así cuando amamos a alguien? Cuando se habla negativamente de alguien que nos importa, nos duele profundamente. El Espíritu Santo nos dará apetito por el alimento espiritual y un anhelo por conocer la presencia de Dios y experimentarlo más profundamente.

Al explorar el clima desértico de Israel, uno aprende que, en la época de Jesús, era imposible viajar lejos sin agua. Por eso, cuando David se escondía del rey Saúl, tenía que desplazarse de un manantial a otro. A pesar de las dificultades que soportó a manos del rey Saúl, comparó su sed de agua con su deseo de Dios, diciendo: «Oh Dios, tú eres mi Dios; te busco con fervor; mi alma tiene

sed de ti; mi carne te anhela, como tierra seca y agotada, donde no hay agua» (Salmo 63:1). Hay un cansancio que nos invade cuando vemos tanto mal a nuestro alrededor. La estrategia de Satanás es «desgastar a los santos del Altísimo» (Daniel 7:25). Dios, que lo ve todo y comprende las luchas a las que se enfrenta su pueblo, considera que aquellos que tienen sed y hambre de justicia están continuamente en buena relación con Él; los llama espiritualmente aprobados o benditos.

Bienaventurados los misericordiosos (v. 7)

Ahora vemos las cuatro bienaventuranzas que se centran en quienes nos rodean. Estas bienaventuranzas nos enseñan que una vez que entramos en una relación de pacto con Dios, comenzamos a caminar con Él y aceptamos Su misericordia, Su actitud misericordiosa hacia los demás se desbordará dentro de nosotros. Los creyentes en Cristo desean naturalmente compartir la misericordia de Dios con quienes están cerca. Cuando permitimos que el Espíritu de Dios nos guíe, nos sentimos motivados a ayudar a quienes sufren y lo necesitan. Sentiremos compasión por las personas que atraviesan momentos difíciles.

Esta lección fue crucial para Simón el fariseo cuando la mujer pecadora se acercó a Jesús, llorando a sus pies (Lucas 7:36-49). Simón no mostró compasión hacia ella, a pesar de que su corazón había sido e mente conmovido por Jesús. Sin embargo, una persona misericordiosa recuerda su propia culpa y desgracia pasadas y puede mostrar la misericordia de Dios a los demás. Como Simón nunca había sentido la carga de la culpa por sus propios pecados, carecía de compasión por la mujer. Jesús explicó que el amor es la respuesta al perdón de los pecados, haciendo hincapié en la deuda perdonada de la mujer.

Las personas que se sienten agradecidas por haber sido perdonadas de sus pecados tienden a perdonar a los demás cuando pecan contra ellas. Perdonar a alguien significa indultarlo, liberarlo o dejarlo escapar de la culpa, la responsabilidad, la obligación o las dificultades. Cuando los creyentes practican esta actitud en el mundo, a menudo se siente antinatural dentro del sistema actual en el que vivimos. Así es como vivió Jesús, e incluso cuando fue crucificado, extendió su misericordia a aquellos que clavaron los clavos en sus manos, orando: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

Dios a menudo pone a prueba la fe de sus siervos colocándolos en situaciones en las que deben responder a alguien que les ha hecho daño anteriormente. ¿Seguimos queriendo que sean castigados por lo que nos hicieron? ¿Podemos mostrar gracia y misericordia a quienes no la merecen? Después de experimentar la misericordia de Dios durante la prueba, Dios nos juzga en función de cómo tratamos a los demás. En otra ocasión, el Señor compartió una parábola sobre esta actitud de ser misericordioso:

²¹Entonces Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: «Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces?» ²²Jesús le respondió: «No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces. ²³Por eso, el reino de los cielos es como un rey que quería ajustar cuentas con sus siervos. ²⁴Cuando comenzó a ajustar las cuentas, le trajeron a uno que le debía diez mil talentos. ²⁵Como el hombre no podía pagar, el amo ordenó que lo vendieran para saldar su deuda, junto con su mujer, sus hijos y todo lo que poseía. ²⁶Entonces el siervo se arrodilló ante él y le suplicó: «Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo». ²⁷Su amo se compadeció de él, le perdonó la deuda y lo liberó. ²⁸Pero

cuando ese siervo salió, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios. Lo agarró y comenzó a estrangularlo, diciéndole: «¡Págame lo que me debes!». ²⁹ Entonces su compañero se postró y le suplicó: «Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré». ³⁰ Pero él se negó. En cambio, fue y mandó meter al hombre en la cárcel hasta que pagara su deuda. ³¹ Cuando sus compañeros vieron lo que había sucedido, se entristecieron mucho y fueron a contárselo todo a su señor. ³² Entonces el señor lo llamó y le dijo: «¡Siervo malvado! Te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste.⁽³³⁾ ¿No debías haber tenido misericordia de tu compañero, tal como yo tuve misericordia de ti?³⁴ En su ira, su señor lo entregó a los verdugos para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía. ³⁵ Así tratará mi Padre celestial a cada uno de ustedes, a menos que perdonen de corazón a sus hermanos» (Mateo 18:21-35).

¿Te han herido emocionalmente tus padres, amigos o cónyuge? ¿Puedes liberarlos de la justicia que crees que merecen por los agravios cometidos contra ti? Una vez más, la palabra «ellos» en el texto griego es enfática: **Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia**, lo que significa que [solo ellos] obtendrán misericordia. Cuando perdonamos a otra persona, también liberamos nuestra alma de la carga del dolor y el sufrimiento a los que nos encadena la falta de perdón. Este es un principio espiritual tan fundamental como uno físico, como la gravedad.

Bienaventurados los puros de corazón (v. 8).

Jesús se refiere aquí a la purificación interna y al lavado con agua por la Palabra de Dios (Efesios 5:26). El creyente en Cristo es santificado, o apartado por Dios para sí mismo. Después de convertirse a Cristo, el creyente experimenta pruebas preparadas por el Señor, momentos en los que Dios desafía, transforma los motivos y purifica el corazón. La promesa es hermosa: aquellos cuyos corazones son purificados por el Señor verán a Dios. Esta será la gran recompensa del cielo: «**Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes**» (Apocalipsis 22:4). El nombre de Dios refleja su carácter. Los muchos nombres de Dios representan diferentes aspectos de su naturaleza, por lo que esto podría ser una marca literal o una forma poética de decir que su propiedad está en el creyente.

Bienaventurados los pacificadores (v. 9).

Un pacificador no es un término pasivo; significa alguien que trabaja activamente para fomentar la paz. Esta bienaventuranza se refiere a alguien que inicia la paz derribando los muros entre las personas y alineando a los demás con Dios. Un pacificador es alguien dispuesto a arriesgarse al dolor para confrontar y exponer las causas de la división y la desunión. Ayudan a las personas a reconciliarse con Dios y a menudo poseen el don de la evangelización. Puedo hacer una pausa y preguntarte ahora: ¿Cómo es tu relación con Dios en este momento? ¿Sientes un muro entre tú y Él? Dios es un pacificador y nosotros, como sus seguidores, también debemos ser pacificadores. Primero debemos estar en paz con Dios y luego extender su paz a los demás.

Quiero que imaginen que, de repente, todos en la Tierra comienzan a vivir y actuar de acuerdo con los principios espirituales del Sermón del Monte. ¿Qué cambios inmediatos veríamos en nuestro mundo?

Bienaventurados los perseguidos (v. 10).

Cuando estas cualidades de carácter están dentro de nosotros, la luz revela la oscuridad en aquellos que nos rodean, y a menudo hay represalias, especialmente cuando confrontamos a otros con el Evangelio. Jesús dijo: «**El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán**» (Juan 15:20). Debemos estar siempre alerta y vigilantes porque vivimos en territorio enemigo y hay una guerra en curso contra el Señor y sus seguidores. A menudo, el enemigo utilizará a personas influyentes de nuestro entorno para transmitirnos palabras desalentadoras. Aquellos cuyas opiniones valoramos pueden decírnos cosas duras o hablar mal de Aquel a quien servimos. No debemos sorprendernos por estos ataques, sino alegrarnos de que se nos considere dignos de sufrir por Su Nombre.

¹¹ Bienaventurados seréis cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa, mintiendo. ¹² Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mateo 5:11-12).

El Señor Jesús nos dio un ejemplo en este sermón de cómo debemos vivir. Nos ha dado Su «receta para la vida». Puede resultar confuso porque entra en conflicto con las costumbres de este mundo, pero esa es la cuestión. En estas bienaventuranzas, descubrimos Sus actitudes para vivir. Él también nos ofrece Su ayuda en todo momento para hacer Su voluntad a través del poder de Su Espíritu. Él acudirá rápidamente en nuestra ayuda cuando le pidamos que nos ayude a demostrar estas cualidades de carácter. Él está trabajando dentro de nosotros para moldearnos a la imagen de Cristo (Romanos 8:29).

Oración: Señor, ablanda mi corazón para que reconozca mi necesidad de Ti. Haz que mi corazón sea tierno para que pueda escuchar Tu voz. Gracias por recorrer este camino delante de mí y darme el ejemplo. Gracias también por prometer que nunca me dejarás ni me abandonarás (Hebreos 13:5). Tus caminos son más elevados que los nuestros. Guíanos y aumenta nuestro anhelo por Ti. Amén.

Keith Thomas

www.groupbiblestudy.com

Facebook: keith.thomas.549

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>